

## El borriquillo

Había una vez un rey y una reina muy ricos, que tenían todo lo que deseaban menos hijos. Por esto ella se lamentaba día y noche diciendo:

—Soy un campo en el que no crece nada.

Finalmente, Dios satisfizo sus deseos, pero cuando el niño nació no tenía la apariencia de un niño, sino de un borriquillo. Cuando la madre lo vio, empezaron en verdad sus gritos y lamentos: hubiera preferido no tener un hijo a tener un asno, y dijo que lo echaran al agua para que se lo comieran los peces.

Sin embargo, el rey dijo:

—No, si Dios me lo ha dado, será mi hijo y mi heredero, se sentará a mi muerte en el trono y llevará la corona real.

Así que el borriquillo fue bien criado, engordó y las orejas le crecieron altas, finas y derechas; por lo demás era de naturaleza alegre. Jugaba y le gustaba especialmente la música, de modo que fue a ver a un conocido músico y le dijo:

—Enséñame tu arte, porque quiero aprender a tocar tan bien como tú.

—Ay, mi querido señor —contestó el músico—, eso os será difícil; vuestros dedos no están hechos para ello y además son muy grandes; me temo que las cuerdas no lo aguantarán.

Pero no valieron excusas ni pretextos. El borriquillo quería aprender a tocar y, como era perseverante y aplicado, al final lo aprendió tan bien como el maestro mismo.

Una vez iba el joven señor paseando meditabundo y llegó a un pozo; miró dentro y vio en la superficie clara del agua su figura de asno. Se puso tan triste al verse, que partió por el ancho mundo y sólo se llevó consigo a un fiel compañero. Fueron de un lado a otro, y llegaron finalmente a un reino donde reinaba un viejo rey que sólo tenía una hija maravillosa. El asnillo dijo:

—Nos detendremos aquí.

Llamó a la puerta y gritó:

—Hay un huésped a la puerta, abrid para que pueda entrar.

Pero como la puerta no se abría, se sentó, cogió su laúd y empezó a tocarlo con sus patas delanteras de la forma más dulce.

Entonces el vigilante abrió los ojos con gran asombro, fue corriendo a ver al rey y dijo:

—Ahí fuera, ante el portón, hay un borriquillo que está tocando el laúd como un consumado maestro.





## El borriquillo

—Bien, déjame entrar al músico —dijo el rey.

Pero cuando entró el borriquillo, todos comenzaron a reírse del tañedor de laúd. El borriquillo se sentó entre los sirvientes y allí le echaron de comer, pero él no se encontraba a gusto y dijo:

—Yo no soy un asno vulgar de cuadra, yo soy un noble.

Entonces le dijeron:

—Si lo eres, siéntate entre los guerreros.

—No —dijo—, quiero sentarme con el rey.

El rey se rió y dijo de buen humor:

—Sea como tú quieres, borriquillo, ven a mi lado.

Luego preguntó:

—Borriquillo, ¿te gusta mi hija?

El borriquillo volvió la cabeza, la miró, asintió y dijo:

—Sí, mucho; es tan hermosa como no he visto otra igual.

—Bien, entonces siéntate también junto a ella —dijo el rey.

—Eso me gusta —dijo.

Y se sentó a su lado, comió y bebió, y supo comportarse con limpieza y educación.

Cuando el noble animalillo llevaba ya cierto tiempo en la corte del rey, pensó: «¿De qué sirve todo esto? Tienes que volver a casa.» Dejó caer tristemente su cabeza, se presentó ante el rey y se despidió. El rey, sin embargo, le quería y dijo:

—¿Qué te pasa, borriquillo? Pareces amargado. Quédate conmigo y te daré lo que quieras. ¿Quieres oro?

—No —dijo el asnillo, meneando la cabeza.

—¿Quieres tesoros y piedras preciosas?

—No.

—¿Quieres la mitad de mi reino?

—De ninguna manera.

Entonces dijo el rey:

—¡Si supiera lo que te haría feliz! ¿Quieres a mi hermosa hija por mujer?

—¡Oh, sí! —dijo el asnillo—. A ella sí que me gustaría tenerla.

De pronto se puso alegre, pues eso era precisamente lo que quería. Así pues, se celebró una hermosa y lujosa boda.

Por la noche, cuando el novio y la novia se fueron a su habitación a dormir, quiso saber el rey si el borriquillo se comportaba bien y con educación y ordenó a un sirviente que se escondiera allí. Una vez que estuvieron dentro, el novio corrió el cerrojo de la puerta, miró a su alrededor y, creyendo que estaban completamente solos, se quitó la piel de asno y apareció como un apuesto príncipe real.



—Bien, ya ves —dijo— quién soy, y que no era indigno de ti. La novia estaba feliz, lo besó y lo amó de todo corazón.

A la mañana siguiente se levantó, se puso otra vez su piel de asno y ningún hombre hubiera imaginado lo que se escondía detrás de ella.

Pronto apareció el viejo rey:

—¡Ay! —gritó—. El borriquito ya está despierto. Debes de estar muy triste —le dijo a su hija— por no haber recibido un marido como Dios manda.

—Ay no, querido padre, lo quiero tanto como si fuera el más hermoso de todos y quiero conservarlo durante todos los días de mi vida.

El rey se asombró, pero el sirviente que se había escondido se lo contó todo. El rey dijo:

—Eso no puede ser de ninguna manera.

—Bien, velad vos la próxima noche, y vedlo con vuestros propios ojos. Os diré más, señor: llevaos la piel y arrojadla al fuego, y así tendrá que mostrarse con su verdadera apariencia.

—Tu consejo es bueno —dijo el rey.

Y por la noche, mientras dormían, se deslizó en su habitación, se aproximó a la cama, y a la luz de la luna, vio reposar en ella a un apuesto joven y la piel extendida en el suelo. La cogió y mandó encender un enorme fuego y echar la piel en él. Él mismo permaneció allí hasta que se hubo convertido totalmente en cenizas. Pero quería ver cómo iba a presentarse el que había sido despojado de ella, y así permaneció toda la noche en vela al acecho.

Cuando el joven se despertó con las primeras luces de la mañana, se levantó y fue a ponerse su piel, pero no pudo encontrarla. Entonces se asustó y dijo lleno de pena y tristeza:

—Ahora tengo que huir.

Al salir se topó con el rey, que le dijo:

—Hijo mío, tú eres un hombre apuesto y no puedes irte de mi lado. Te daré ahora la mitad de mi reino y a mi muerte lo recibirás todo entero.

—Bueno, deseo que lo que ha empezado bien, termine bien también —dijo el joven—. Me quedo con vosotros.

Entonces el viejo le dio la mitad del reino y, a su muerte, que fue al año siguiente, lo tuvo todo entero, y a la muerte de su padre recibió otro más y vivió magníficamente.

